

CONTACTADOS ESPAÑLES

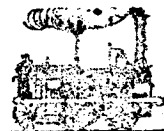
El extraño "Viejecito" de Alcalá de Guadaíra



Ignacio Darnaude Rojas-Marcos

Sevilla

Enero de 1.992



INVESTIGACIÓN PRELIMINAR: Ha sido llevada a cabo previamente por los estudiosos de Alcalá de Guadaíra Juan Trigo Gandul y Antonio Pecellín, los cuales entrevistaron hace tiempo a la familia Sutil y acompañaron al testigo a Mairena del Alcor. Manuel Osuna Llorente e Ignacio Darnaude Rojas-Marcos visitaron Alcalá de Guadaíra los días 4 y 5 de marzo de 1.971, y en compañía de los señores Trigo y Pecellín conversaron con los Sutil, con el Párroco de Alcalá y con la patrona de la fonda local.



LUGAR DE LOS HECHOS: Alcalá de Guadaíra es una próspera, industrial y dinámica población de 33.000 habitantes a unos 13 kilómetros al norte de Sevilla capital. Actualmente experimenta un rápido crecimiento urbano. Acege a la industria de aderezo de aceituna de mesa para la exportación, y el "pan de Alcalá" es famoso desde el siglo pasado. Antonio Pecellín es propietario de un importante establecimiento de tejidos, y Juan Trigo trabajó como directivo en la fábrica de vidrio "Giral Laporta, S.A. ..

LOS TESTIGOS: Manuel Sutil es un hombre de años, con escaso pelo, de estatura media y más bien prieto. Presta sus servicios en una granja y reside en una casita digna y relativamente confortable. Se le nota persona <sup>SINCERA,</sup> afectuosa y considerada, lo que se llama "buena gente". Su esposa parece inteligente y equilibrada. Tienen una hija agradable y vivaracha estudiante de Bachillerato, y otro hijo que cursa estudios en el <sup>DIURNOS</sup> Seminario Metropolitano de Sevilla. <sup>Y QUE</sup> Es un muchacho con la cabeza en su sitio, capaz, frío y nada apasionado; se le nota una buena cultura y se expresa con fluidez. Del clan Sutil emana una perceptible cualidad de honradez y sana <sup>VERACIDAD,</sup> actitud hacia los demás, que nos llama la atención. Denotan ser poco egoístas, nos reciben con extremada amabilidad y se comportan con toda naturalidad. En ningún momento hemos notado el menor asomo de fingimiento, de reservarse información o estar conchabados entre sí. Han colaborado bien durante la entrevista, respondiendo con espontaneidad a las preguntas. El grupo produce una excelente impresión, <sup>COMO GENTE DE FIAR,</sup> El señor Sutil exhibe una mirada intensa y concentrada, y claramente es el menos intelectual de los cuatro. En él parecieran tener más arraigo la credulidad y los impulsos emocionales, <sup>SE DA LA CIRCUNSTANCIA DE QUE</sup> Un hermano del padre de familia estuvo en tratamiento por una enfermedad cerebral.

ENCUENTRO DE LOS SUTIL CON "EL VIEJECITO" : Tuvo lugar hacia la primera quincena de septiembre de 1.968 . Sutil regresaba de su trabajo hacia las siete y media de la tarde, cuando divisó en su misma calle a un individuo alto <sup>Y DE EDAD</sup> mirando en derredor, como buscando algo. El desconocido le produjo de inmediato una viva impresión, aunque no puede precisar exactamente por qué. En seguida sintió una intensa atracción hacia él, y en su interior surgió incontenible una descabellada idea: "Éste es un extraterrestre", aunque nada en especial denotaba el exterior de la persona que indujera a primera vista a experimentar sensación. Sutil se le acercó para preguntarle: - "¿Busca usted a alguien quizás?". - "No, a nadie". Con ta preámbulo entablaron animada conversación durante una media hora, hasta alcanzar caminando el hogar de los Sutil. El hombre manifestaba curiosidad por la vivienda, por lo que el dueño lo invitó a entrar, y una vez en su interior el anciano comentó lo baj que eran los techos, y lo perjudicial que esto resultaba, en especi para el corazón. Le confió que llevaba ya unos cuantos días en Alcalá, y que estaba encantado con la tranquilidad, el pan y el agua del pueblo. Esta primera visita se prolongó durante varias horas, y el huésped volvió a los dos días hacia la misma hora, y lo acompañó otro largo período de tiempo. Ningún vecino de la call se debió dar cuenta de la presencia del "abuelo" durante sus dos estancias. Cuando la señora de Sutil se echó en cara por vez primera al invitado, tuvo la marcada impresión de que ya lo conocía de antaño, de que su rostro le recordaba a alguien. El viejo le producía -en especial durante su <sup>ÚLTIMA</sup> visita- un indefinible desasosiego, inquietud que compartía con su hija. El Seminarista en cambio, que pernoctaba con sus padres, no sintió nada especial. La rara incomodidad interior de la esposa se acentuó la segunda noche, hasta el punto de que empezó a desear que el huésped no volviera de nuevo, y lo comentó con su marido cuando aquél se marchó. Sin embargo es incapaz de explicar los motivos para adoptar esa actitud casi hostil hacia el desconocido, el cual por otra parte parecía dominar ciertos poderes telepáticos, en base a detalles concretos de los diálogos que mantuvo con la familia. Durante su repetida estancia, cuando ya llevaba en la casa mucho tiempo, y como les daba apuro empezar a cenar, la hija comenzó a desear intensamente que el amigo de su padre se despidiera. Ella se encontraba sola en la planta alta

del EDIFICIO, y todavía recuerda con asombro lo que ocurrió. Delante de un espejo musitó en voz baja: - "Dios mio, a ver si se va ya" , o algo parecido, y bajó a reunirse con los demás. El hombre la miró fijamente, y a continuación los saludó y se retiró para no volver más. La muchacha se dio cuenta con absoluta seguridad de que el viejo "sabía" lo que ella había murmurado allá arriba, y que por ese motivo abandonó la casa. Aquel señor no fumaba, y en la primera noche cogió el paquete de cigarrillos de Sutil y le comentó: - "Usted me va a demostrar que tiene fuerza de voluntad, y que no va a fumar hasta pasado mañana. Voy a poner esta cajetilla aquí encima de la mesa, y usted no la va a tocar hasta que yo vuelva". Su interlocutor fumador empedernido, no le hizo caso, pero para la siguiente entrevista se cuidó de preparar otro paquete idéntico, que colocó en el mismo sitio. Cuando el visitante distinguió e <sup>TABACO</sup> le miró para decirle: - "Veo que no ha tenido usted voluntad". Había adivinado que Sutil le hizo trampa. Al hijo <sup>LE COMENTÓ UNA VEZ?</sup> - "Tu padre me comprende mejor que tú". En varias ocasiones les confesó que integraban una familia muy acogedora, que le gustaban mucho y que le impartía una especial confianza. El ama de casa intuyó que había algo "raro" en aquel personaje, aunque nada externo lo delatara. Él Evitaba las corrientes de aire y procuraba sentarse en los rincones. En la velada de estreno el Seminarista lo acompañó hasta cerca de la Posada donde se hospedaba, y en cierto momento hizo un gesto para agarrarlo por el brazo y ayudarlo. No llegó a tocarlo, porque el viejo se revolvió con decisión y le advirtió que no era necesario. En ninguno de los saludos les chocó la mano. En su charla se refirió al trigo y al maíz, aunque sus oyentes no ponen en pie lo que quiso decir. En una ocasión se dirigió a Sutil explicándole: - "Esto es muy bueno para su gastritis, le convendría hacerlo". Entonces se arrellanó en un silla, contuvo la respiración , bajó las dos manos y se agarró con fuerza al asiento ; puso los brazos rectos apretando hacia abajo y con todo el cuerpo en tensión. La faz comenzó a congestionársele, se le hincharon las venas del cuello y los ojos se le desorbitaron, mientras permanecía inmóvil casi levantado a pulso. Aseguró a sus atónitos espectadores que de esta manera "la sangre circulaba". Sutil no siguió su consejo y no ha practicado posteriormente tan extraño "yoga".



RETRATO DEL "VIEJECITO": Debía ser sexagenario, aunque nadie ha sabido determinar su edad con precisión. La señora de Sutil se refirió a él en varias ocasiones denominándolo "El Viejeci", y comentó que "estaba muy gastado" aunque "denotaba mucha agilidad para su edad". Era un individuo alto y robusto, con escaso pelo o medio calvo, "muy reblanquió" (¿de tipo racial nórdico, o con piel lechosa?). No hemos obtenido datos sobre el color de su cabello. De facciones grandes y marcadas, "Raras" las tildó el Párroco, labios gruesos, nariz prominente y ojos muy grandes y "reventones" (saltones, sobresaliendo de las órbitas). Su mirada impresionó a la esposa de Sutil, que opinó que en la juventud sus ojos debieron ser muy llamativos, y le producían incomodidad y desconfianza. Necesitaba anteojos para leer, pero "Se le habían olvidado". Llevaba algodones en el interior de un oído. Sus manos llamaron la atención de los que lo trataron: los dedos eran redondos, con falanges abultadas. A la posadera no se le olvida que eran unas manos extrañas. Lucía un raro defecto en uno de los pulgares, algo saliente como un bulto o "garbanzo" que no parecía una verruga ordinaria. El hombre chapurreaba el castellano aunque intercalaba palabras de otros idiomas que no han podido ser precisadas. Dominaba bastante bien nuestra LENG habida cuenta de las muchas horas que pasó platicando con sus contertulios, aunque en algunas ocasiones no encontraba el vocablo español adecuado. Hablaba con acento extranjero, y nada especial se nos ha comentado sobre su voz. Calzaba zapatos extraordinariamente relucientes, y usaba calcetines de lana negra, sombrero claro de paja y "un bastoncito". La camisa aparecía muy limpia, "blanquísima", y lucía corbata. Llevaba prendas de excelente calidad a juicio de la mujer de Sutil, quien quedó impresionada por la pulcritud y elegancia del atuendo del visitante, que usaba un traje oscuro de buen precio.



EN LA FONDA ALCALAREÑA: En la tarde del 5 de marzo de 1.971 Antonio Pecellín y el autor de estas líneas acudieron a entrevistar a la gobernanta del hostel "Florita" en la calle Madueño de los Aires. Nos recibió la dueña, Rosarito, un tanto suspicaz y desconfiada, asegurando que si accedía a contarnos algo era por pedírselo el señor Pecellín, que hemos comprobado goza de notable prestigio y simpatía entre sus paisanos.

El hospedaje no es precisamente el "Palace", y Juan Trigo, profesor y Teniente de Alcalde de Alcalá nos confió que se habían recibido quejas por demasiadas camas en la misma habitación, deficiencia que mejoró posteriormente. El huésped se personó en "La Florita" el 12 de agosto de 1.968, y se acomodó seis o siete meses en una estancia individual en la que no entró nadie, ni siquiera las limpiadoras, a excepción de otro pensionista un joven que respondía por Jesús y al que vimos por allí mientras interrogábamos a Rosarito, y que pasaba muchos ratos en compañía del Viejecito. Éste se registró como "Abraham Talerma", con documento de identidad número 174334, aunque no sabemos si se trataba de su pasaporte o de su carnet personal de identificación. Nadie recuerda su nacionalidad ni qué suerte de credenciales exhibió al llegar. Contó que provenía de Sevilla, y se presentó acompañado de "un muchacho" al que no conocía Rosarito, pero que cree era de Alcalá. Al parecer "se lo había encontrado" (¿En el autobús de línea del trayecto Sevilla-Alcalá?), y el joven le recomendó la Fonda como un buen sitio para dormir. Él mismo arreglaba y limpiaba su habitación, aunque Rosarito le lavaba las camisas. Era "muy desconfiado", y siempre cerraba con llave la puerta, aunque <sup>TAN SÓLO</sup> acudiera al baño en el otro extremo del pasillo. Frecuentaba el mercado de abastos, donde compraba provisiones que luego guisaba en su cuarto, y que por cierto expelían "muy mal olor". Solía alimentarse de verduras, coles, coliflor, fruta fresca y viandas por el estilo, y también de huevos y leche, esta última "corrompida" (¿Una modalidad de <sup>o KEFIR?</sup> yugur?). En la pensión no cruzaba palabra con nadie, si exceptuamos a Jesús, y por tal motivo no se suscitaron comentarios entre los demás inquilinos de Rosarito. Era "muy económico", aunque en la casa de huéspedes abonaba las cuentas religiosamente. La propietaria de un puesto de verduras en el mercado relató un curioso incidente: despachó a Talerma unas coliflores; el comprador notó que el peso iba con unos gramos de menos, y le exigió imperativamente que le repusiera el escaso peso que faltaba, alegando que él le pagaba hasta el último céntimo por la mercancía. Abraham tanteó a Rosarito para adelantarle "un año entero" de estancia, aunque luego no llegó a hacerlo. Aseguró que era de etnia hebrea.



Su marcha de "La Florita" tuvo lugar en las siguientes circunstancias: el señor Talermar comentó que tenía "un dinero" ( ¿divisas extranjeras? ), y viajó a Sevilla a "canjearlo" ( ¿cambió los billetes foráneos por pesetas en una entidad bancaria? ), y al regresar se quejó de que "le habían descontado mucho" por el cambio, y entonces liquidó su cuenta pendiente y se despidió. Tomó un taxi y desde entonces nadie ha vuelto a saber de él en Alcalá. La patrona nos dejó con la impresión de que <sup>CONOCIA</sup> algo más en relación con el vetusto judío, pero nos faltó habilidad para sacárselo del cuerpo.

"CONFESIÓN" CON EL SEÑOR CURA: Los Sutil nos informaron de que el Viejo había hablado con Don Manuel, Párroco de Alcalá. Estábamos conversando en plena calle cuando le vi acercarse rodeado de <sup>LA</sup> chiquillería. Pecellín nos lo presentó, un sacerdote fornido y elocuente, <sup>DE</sup> revestido de sotana, antiguo capellán castrense. Relató en pocas palabras la visita que le giró Talermar, cuya fecha no recuerda "porque pas mucha gente por su despacho". Se presentó francamente mal vestido enfundado en una <sup>COCHAMERKA</sup> americana de sport, lo que contrasta con la elegancia exhibida ante los Sutil. ( ¿Fue una artimaña deliberada para conseguir así la ayuda del presbítero? ). Don Manuel lo recibió de pie, y Talermar le pidió cortésmente permiso para sentarse. Se expresaba con fluidez y parecía hombre de mucho mundo. Le habían aconsejado que acudiera al Párroco ( Jesús frecuenta los círculos parroquiales y es amigo de Don Manuel ), por ser éste un personaje influyente que tal vez pudiera resolver su problema. El anciano le reveló que resguardaba "un invento muy importante", y necesitaba un "padrino" que le promoviese y actuara de mecenas para su financiación. Se refirió a algo relacionado con "patentes", aunque no aclaró la naturaleza y aplicaciones de su descubrimiento. Don Manuel le aseguró que estudiaría el caso por si se le ocurría alguna posible gestión. Quedó en volver para conocer el resultado de la actuación del sacerdote, pero no apareció más por la Casa Rectoral. Don Manuel le extendió un papel para que anotara su nombre, y el judío lo garrapateó con mano temblorosa. El párroco ha extraviado este documento y sólo recuerda el nombre de pila, pero no el apellido. Talermar no produjo una impresión especial en el Párroco, <sup>AUNQUE</sup> lo encontró "de facciones raras, muy grandes".

